

# GUERRA Y REFLEXION INTELLECTUAL

## I. LA GUERRA IMPIDE LA REFLEXION INTELLECTUAL

Si consideramos el desarrollo de la ciencia, nos sorprende ver que, en las últimas décadas, han surgido nuevas áreas de conocimiento desconocidas para la antigüedad y la Edad Media; por ejemplo, la ingeniería, la economía política, la historia económica, la sociología, la filología, la historia de la cultura, de la música y del arte.

Otras ramas del conocimiento, desarrolladas en la antigüedad, apenas avanzaron en la Edad Media como la medicina en Europa o la filosofía, degradada hasta convertirse en sierva de la teología, o la química, que bajo la forma de alquimia no merece el nombre de ciencia de acuerdo con nuestras concepciones.

Además de las siete artes liberales existían la teología, la jurisprudencia, las matemáticas superiores, la geografía y la historia general, teniendo máxima importancia la jurisprudencia y la teología.

Pasaron miles de años y la gente ignoraba problemas que nos interesan profundamente. Generaciones futuras nos harán a nosotros idénticos reproches. Esta posible acusación no nos exime de la tarea de considerar esta omisión.

Si la teología se desarrolló hasta alcanzar la consideración de ciencia predominante, puede considerarse comprensible que la filosofía ocupase una posición secundaria. Sin embargo, el escaso progreso de la medicina exige una explicación. En el mundo islámico, la religión jugaba un papel trascendental y, sin embargo, la medicina experimentó notables progresos.

Es innecesario decir que se prestó especial atención a la gramática; el

latín, al ser la lengua de los eruditos, contaba con una gramática particularmente bien dispuesta, al igual que el hebreo y el griego, las lenguas de la Biblia. ¿Por qué no se dio un paso más llegando al estudio de los problemas filológicos de los despreciados "dialectos", por ejemplo del italiano o de otras lenguas no románicas o neolatinas? ¿Cómo pudieron descuidarse los problemas de la economía política?

La respuesta puede darse con una sola palabra: la guerra.

En otro ensayo (1) se ha tratado de explicar por qué la guerra impidió el desarrollo de la ingeniería, con la excepción de la ingeniería bélica. Las ciudades medievales se encontraban en guerra con frecuencia: cuanto mayor era el número de territorios soberanos, más enemigos existían y más guerras se libraban. La guerra siempre implica escasez de primeras materias. Para contrarrestar este hecho, se aprobó la ley que prohibía el acaparamiento. A los artífices sólo se les permitía adquirir primeras materias después de haber recibido un encargo de su cliente. Por consiguiente, carecía de sentido inventar máquinas que pudieran producir bienes en cantidades masivas (2).

Pero la guerra tiene efectos todavía más importantes sobre la falta de desarrollo de la ciencia en la Edad Media.

La ciudad medieval protegía a sus habitantes por medio de sus murallas. El perímetro de éstas debía limitarse para mejor defenderlas. Ello implicaba que los habitantes de la ciudad hubieran de convivir en la mayor aglomeración posible a pesar del peligro del fuego y de las enfermedades contagiosas, que agravaba el hacinamiento de las viviendas. Por esta razón, existe gran número de estrechas y tortuosas callejuelas y pocas plazas, con frecuencia sólo la destinada a mercado. No existen parques ni jardines dentro de la ciudad. Ni el Palazzo dei Medici ni el Palazzo degli Strozzi tienen jardines.

Esto significaba que el hombre medieval estaba siempre rodeado de otros hombres. Rara vez se encontraba solo. Sin embargo, la reflexión

---

(1) GERHARD SCHMIDT: "Old ideas in modern Economics", *Etudes Economiques*, septiembre 1952, 84-5, p. 67.

(2) Nuestra cultura hubo de pagar caro el progreso de la ingeniería: se perdió totalmente (impresionismo, estilo moderno de la arquitectura); el placer en el detalle que se expresa en el arte y lengua medievales, que constituyó una obra de arte hasta el siglo XIX; el lenguaje se convirtió en simple instrumento de comunicación. La técnica exige ahora el trabajo minucioso.

es obra del hombre aislado. Donde mejor medita el solitario es en medio de la naturaleza. El hombre cuando piensa mejor es con ocasión de paseos solitarios.

¿Cuál era la situación en la Edad Media? Nadie tuvo la idea de construir avenidas. ¿Quién iba a desear construir senderos? Si un hombre se atrevía en la Edad Media a caminar por una vía construida por los romanos, existía el peligro de que fuera robado por ciertos caballeros, más exactamente llamados caballeros-ladrones. El mercader recorría los caminos no para meditar sino buscando su provecho.

En la estrechez de la ciudad medieval el hombre dependía más de sus vecinos que el habitante de una ciudad moderna. Si toda persona conoce a todo el mundo, debe hacerse en Roma lo que hacen los romanos. La heresía no es un crimen en la ciudad moderna, de la que todos podemos huir temporalmente para recluirnos en la naturaleza. "La mente se angosta en un ambiente limitado" (3). En la ciudad o en la aldea, el no conformista, incomprendido por las masas, incurre en el ostracismo. En la gran ciudad puede contar con la comprensión de unos pocos hombres.

¿Podía pensar el aldeano, siempre en estrecho contacto con la naturaleza? Por un lado, la naturaleza es para él la "tienda", la "fábrica", no campo de recreo. Si el aldeano desea esparcimiento, entonces marcha a la ciudad. Por otra parte, carece del estímulo que el habitante de la ciudad obtiene de sus relaciones con otras personas. Raramente es el aldeano hombre de ideas nuevas: "La historia del mundo es la historia de la ciudad."

Las ideas nuevas sólo pueden desarrollarse cuando el hombre de la ciudad se atreve a caminar libremente en la naturaleza, cuando las murallas no pueden ofrecer protección porque pueden ser destruidas, cuando el caballero-desvalijador ha desaparecido, cuando la guerra no impide el intercambio de ideas con otros hombres y cuando éstos ya no se alejan de la naturaleza. ¿Podríamos imaginarnos a Goethe o a Beethoven como hombres obligados a pasar sus vidas tras las murallas de una vieja ciudad? La naturaleza, el bosque, las altas montañas constituyen el taller más perfecto del cerebro.

---

(3) SCHILLER, *Wallebsteins Lager*, prólogo, 59.

## II. LA GUERRA ESTIMULA LA REFLEXION INTELLECTUAL

Por otro lado, es cierto que la guerra ha estimulado la reflexión intelectual, como dice Mephistopheles:

“Parte de esa fuerza que podría  
ser más nefasta y, sin embargo, causa beneficios.”

La maldición de la guerra se convierte en bendición para las generaciones siguientes. La guerra ha originado ciertos beneficios en todos los campos de la cultura humana.

Comencemos con la Biblia. El favorito del Viejo Testamento es el general Rey David, que condujo a su pueblo al paraíso en un país que los mismos israelitas habían conquistado por la guerra. Las guerras arrieron sin interrupción desde el éxodo de Egipto a los Profetas y los Macabeos. Sólo hay algunos libros de paz: el libro de Ruth, el de Job, los Salmos, los Proverbios de Salomón, el Eclesiastés, el libro de Daniel y algunos otros de Moisés. La enemistad de los egipcios fue condición previa de la estancia de cuarenta años en el desierto, donde se desarrollaron las enseñanzas religiosas. En la reiterada lucha contra los enemigos el poder desarrolló lo que el judaísmo necesitaba para desafiar todas las persecuciones a través de los siglos.

Al igual que la religión, la literatura encuentra un fundamento en la guerra. Homero es el poeta de la guerra, no sólo de la guerra troyana de los diez años, sino también de los viajes de Odiseo, que nunca podrían haber sido escritos sin la realidad del sitio de Ilión. En la épica de Homero surge la religión griega con su espléndida mitología, las grandes tragedias de Ajax, las mujeres de Troya y la Orestíada. Homero brinda temas a los siglos 18 y 19 para la Ifigenia de Goethe y la Medea de Grillparzer. Es fuente del maravilloso “Feast of Victory”, de Schiller, así como de su “Distribution of the Earth”. Homero puebla el Infierno de Dante y la Eneida de Virgilio.

Como demostró Asín y Palacios, Dante nunca hubiera sido capaz de escribir su Divina Comedia sin las guerras santas del Islam, porque ella constituye, en mayor o menor medida, un plagio de las obras de Ibn al Arabi, un musulmán español.

Shakespeare y Racine, Goethe (Gotz von Berlichingen, Egmont) y

Schiller (Guillermo Tell, La Doncella de Orleáns, Wallenstein, La Revolución de los Países Bajos, La Historia de la Guerra de los Treinta Años) eligen con frecuencia la guerra como fondo de sus obras, para proclamar más emocionadamente su mensaje de pura humanidad y la necesidad de alianza entre todos los hombres.

Apenas algún campo del arte no ha sentido la influencia de la guerra. La guerra crea al héroe y la adoración del héroe ha sido siempre considerada como deuda de gratitud por las naciones. Mientras exista el David de Miguel Angel, el Colleoni de Verrochio, el Gattamelata de Donatello, la batalla de Alejandro del Museo de Nápoles, el Castello Sforza de Milán, la columna de Trajano o el arco de Constantino sobre el Foro Romano, el Fuego del Borgo de Rafael o la Heroica de Beethoven; el arte del hombre hubiera sido más pobre sin la guerra.

Era inevitable que esta triste verdad llevase a la glorificación de la guerra —el “dulce et decorum est pro patria mori” de Horacio, la obra de Kant “Hacia la paz eterna”, “Sin novedad en el frente”, de Remarque, constituyeron espléndidos aunque fútiles esfuerzos para impedir este progresar de la cultura excesivamente costoso.

La filosofía constituye un ejemplo clásico de cómo la guerra es al mismo tiempo nacimiento y muerte. Sin las conquistas del Islam, la filosofía decadente de la Antigüedad nunca hubiera podido ser revivida por Averroes y Avicena. El mundo antiguo consideró la filosofía griega como última palabra del pensamiento. La guerra es en sí misma la antítesis de la especulación intelectual.

La guerra impide al hombre pensar y enmaraña sus pensamientos. Aprende a ser “más brutal que el bruto” (Mefistófeles). Sin embargo, le conduce a las más altas cimas, al sacrificio de su vida (Arnold von Winkelried). Descubre la esclavitud que ha constituido la base económica desde el antiguo Egipto hasta el siglo XIX. Se deben a ella indirectamente las pirámides de una antigüedad de cuatro mil años, trabajo de esclavos; es madre de la idea más humanitaria del hombre, la Convención de Ginebra. La guerra es el gran tema de la historia escrita que empieza con Herodoto, Jenofonte, Tucídides, Livio, César, Tácito y llega hasta Churchill. La campaña de Napoleón nos abre la historia del antiguo Egipto al permitir descifrar la piedra de Rosetta.

La guerra desarrolla la técnica: las vías reales persas y las calzadas militares romanas que finalmente sirvieron para acercar mutuamente a los hombres. La guerra promovió la construcción de los ferrocarriles en

Alemania, redujo, por la escasez de bienes, las diferencias entre el pobre y el rico (racionamiento de bienes), inventó la energía atómica y el radar, utilizables para fines pacíficos. La II Guerra Mundial derribó a los dictadores (Mussolini, Hitler). La guerra constituye nuestro eterno purgatorio del que saldrán purificadas las almas de las generaciones futuras. La guerra es madre de todas las cosas, de las que existen y de las que carecen de existencia. Difícilmente imaginó Heráclito estas cosas.

Dr. GERHARD SCHMIDT

Profesor Ayudante